

MONA
KASTEN

Maxton Hall

SAVE US

Solo un beso
puede salvarnos



MONA
KASTEN

Maxton Hall

SAVE US

Traducción de Andrés Fuentes

 Planeta

Título original: *Save Us*

© LYX, in Bastei Lübbe AG, 2018

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© por la traducción, Andrés Fuentes, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021, 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: © Júlia Gaspar

Imágenes de la cubierta y del interior: © Júlia Gaspar

Primera edición: octubre de 2021

Primera edición en esta presentación: marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-30055-7

Depósito legal: B. 2.147-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Graham

Mi abuelo siempre me preguntaba: «Cuando llegue el día en que lo pierdas todo, ¿qué harás?». Nunca reflexioné a fondo sobre esta cuestión, más bien respondía con lo primero que se me pasaba por la cabeza.

Cuando tenía seis años y mi hermano me rompió adrede la excavadora de juguete, contesté: «Repararé la excavadora».

A los diez, cuando nos marchamos de Manchester para mudarnos a los alrededores de Londres, dije con determinación: «Haré nuevos amigos».

Y cuando murió mi madre a mis diecisiete e intenté ser fuerte a ojos de mi padre y mi hermano: «Lo superaremos».

Ni siquiera entonces consideré la opción de arrojar la toalla.

Pero ahora, con casi veinticuatro años, en este despacho donde de repente me siento prácticamente como un criminal, carezco de respuesta. Me encuentro en una situación para la que por el momento no veo una salida, mi futuro es incierto. No tengo ni idea de qué va a suceder.

Abro el chirriante cajón de la robusta mesa de madera de cerezo y saco los lápices y libretas que el año pasado habían encontrado ahí su lugar. Me muevo con lentitud y me pesan los brazos como si fueran de plomo. Y sin embargo he de darme prisa: debo dejar el edificio antes de que termine el descanso de mediodía.

«Queda usted expulsado de Maxton Hall con efecto inmediato. Le prohíbo que establezca contacto con los alumnos. Si contraviniera esta orden, lo denunciaremos.»

Los lápices se me caen de la mano y aterrizan con un repiqueteo en el suelo.

Mierda.

Me inclino, los recojo y los tiro sin ningún cuidado junto al resto de mis pertenencias, que he guardado en una caja de cartón. Hay en ella un caos total compuesto por apuntes, libros de texto, el viejo globo terráqueo de mi abuelo y fotocopias para la clase de mañana que ahora en realidad debería tirar, aunque no me veo capaz.

Contemplo el despacho. Las estanterías están vacías, solo un par de papeles y el protector de escritorio sucio permiten deducir que hasta hace unas pocas horas he estado corrigiendo trabajos.

«Es culpa tuya», resuena en mi cabeza una voz colmada de odio.

Me froto las sienes, que me palpitan, y doy un último repaso a todos los cajones y compartimentos del escritorio. No debería prolongar más de lo necesario mi despedida, pero abandonar este lugar me cuesta más de lo que sospechaba. Ya había tomado la decisión de buscar trabajo en otra escuela para poder vivir con Lydia hace semanas. Pero hay una enorme diferencia entre romper un contrato la-

boral estableciendo tus propias condiciones y ser escoltado por el servicio de seguridad hasta la calle.

Trago con dificultad y cojo el abrigo del perchero de madera. Me lo echo por encima de forma mecánica, luego recojo la caja y voy hacia la puerta. Sin volver una vez más la vista atrás, salgo del despacho.

Los interrogantes se me acumulan en la mente: «¿Lo sabe ya Lydia? ¿Cómo está? ¿Cuándo la volveré a ver? ¿Qué debo hacer ahora? ¿Me contratarán de nuevo en alguna escuela? ¿Qué hago si no es así?».

En cualquier caso, ahora no puedo averiguar las respuestas. En lugar de eso, contengo el pánico que me invade, y me encamino por el pasillo hacia secretaría para devolver mi manojo de llaves. Los alumnos se cruzan conmigo y algunos me saludan afablemente. Un doloroso pinchazo se extiende por mi vientre. Solo haciendo un gran esfuerzo consigo responder a su sonrisa. He disfrutado mucho dando clase aquí.

Cambio de dirección rumbo a mi destino y, de repente, es como si me hubiesen tirado un cubo de agua helada por la cabeza. Me detengo con tanta brusquedad que alguien choca contra mí por detrás y musita una disculpa. Pero no presto atención. Mi mirada se posa en el joven alto, de cabello rubio rojizo, a quien debo agradecer esta situación.

James Beaufort no se inmuta al verme. Al contrario, es la indiferencia en persona: como si no acabara de destruirme la vida.

Sabía de qué era capaz. Y tenía claro que ponerlo en mi contra no era una buena idea. «Él y sus amigos son imprevisibles —me advirtió Lexington el primer día del curso—. Tenga cuidado.» No presté demasiada atención a sus pala-

bras porque entonces ya conocía la otra cara de la historia. Lydia me había contado lo mucho que ese joven sufre bajo el legado de su familia y lo reservado que es incluso con su hermana gemela.

Qué estúpido me siento ahora por no haber sido más precavido. Debería haber sabido que James haría cualquier cosa por Lydia. Es probable que el hecho de haber arruinado mi carrera no sea más que una insignificancia en su quehacer cotidiano.

Al lado de James está sentado Cyril Vega, a quien por fortuna nunca he tenido que dar clase. Ignoro si habría conseguido comportarme como un profesional. Cada vez que lo veo, se aparece en mi mente la imagen de él y Lydia. De cómo se marchan de la escuela juntos y se suben a un Rolls-Royce. De cómo se ríen. De cómo él la abraza y la consuela mientras yo no podía hacerlo después de la muerte de su madre.

Tras un breve instante aprieto los dientes y prosigo mi camino, sosteniendo la caja bajo el brazo. Agarro con más fuerza las llaves en el bolsillo del abrigo mientras me voy acercando a los dos. Han interrumpido la conversación que estaban manteniendo y se me quedan mirando; sus rostros son dos máscaras duras e impenetrables.

Me detengo delante de la puerta de la secretaria y me vuelvo hacia James.

—¿Ya estás satisfecho?

Que no reaccione aviva todavía más la cólera que anida en mi interior.

—¿Cuál era vuestra intención? —pregunto mirándolo inquisitivo. Sigue sin contestar—. ¿Sois conscientes de que con vuestras travesuras infantiles destruís la existencia de personas?

James intercambia una mirada con Cyril y sus mejillas enrojecen un poco, igual que le ocurre a su hermana cuando se enfada. Se parecen una barbaridad; sin embargo, en mi opinión, no podrían ser más distintos.

—Es usted el que debería haber reflexionado antes —escupe Cyril.

Sus ojos centellean con más rabia que los de James y caigo en la cuenta de que es posible que hayan urdido juntos el plan para que me expulsen de la escuela.

La expresión de Cyril no deja lugar a dudas de que, de nosotros dos, él es quien tiene la sartén por el mango. Puede hacer conmigo lo que quiera, sin importar que yo sea el mayor. Lleva la victoria escrita en el rostro y la refleja en su orgullosa actitud.

Suelto una carcajada con resignación.

—Me sorprende que todavía se pueda reír —continúa—. Ha ocurrido. Lo han desenmascarado. ¿Es usted realmente consciente?

Aprieto el manojito de llaves con tanta fuerza que los pequeños dientes de metal me cortan la piel. ¿Acaso este niño pijo se cree que no lo sabía? ¿Que no sabía que a nadie le interesaría dónde y cuándo nos conocimos Lydia y yo? ¿Que nadie nos creería cuando asegurásemos que nos conocimos y empezamos a querer antes de que yo entrara a trabajar en Maxton Hall? ¿Que cortamos la relación en el momento en que supimos que yo sería su profesor? Claro que lo sé. A partir de ahora y durante el resto de mi vida voy a ser el tipo repugnante que durante sus comienzos como profesor mantuvo una relación con una alumna.

Solo de pensarlo me pongo malo.

Sin dignarme a mirarlos por segunda vez, entro en la

secretaría. Saco las llaves del bolsillo de la chaqueta, las dejo sobre el mostrador dando un golpe y giro sobre mis talones. Cuando paso de nuevo junto a los chicos, miro de reojo y veo que Cyril le da un móvil a James: «Gracias, tío», le oigo decir. Luego aparto la vista y me dirijo acelerando el paso hacia la salida. Solo percibo en la distancia que James alza la voz a mis espaldas.

Me duele cada paso que doy, respirar me cuesta un esfuerzo extenuante. Llega a mis oídos un murmullo que casi sofoca todos los demás sonidos. La risa de los alumnos, el sonido de sus pasos, el chirrido de la puerta de doble hoja a través de la cual abandono Maxton Hall y me adentro en la incertidumbre.

Ruby

Me siento aturdida.

Cuando la conductora anuncia que hemos llegado a la estación final tardo unos instantes en saber a qué se refiere, hasta que entiendo que debo bajar si no quiero recorrer todo el camino de vuelta a Pemwick. No recuerdo nada de los últimos tres cuartos de hora, estaba totalmente inmersa en mis pensamientos.

Siento las extremidades de mi cuerpo tan pesadas como frágiles al bajar los escalones y salir del autobús. Me agarro con fuerza a las dos correas de la mochila, como si me sirvieran de apoyo. Por desgracia, eso no me ayuda a desprenderme de esta desagradable sensación. Como si estuviera atrapada en un tornado del que no hubiese escapatoria y no fuera capaz de discernir qué está arriba y qué abajo.

Todo esto no puede estar pasando de verdad. No me pueden haber expulsado de la escuela. Mi madre no puede haberse creído que yo haya tenido un lío con un profesor. Mi sueño de estudiar en Oxford no puede haberse desvanecido hace unos minutos en el aire.

Me parece que estoy perdiendo la razón. Respiro aceleradamente y los dedos se me agarrotan. Noto el sudor corriendo por mi espalda y al mismo tiempo tengo todo el cuerpo con piel de gallina. Estoy mareada. Cierro los ojos y trato de relajarme.

Cuando vuelvo a abrirlos ya no tengo la sensación de ir a vomitar en cualquier momento. Por primera vez desde que he bajado del autobús, me percató de dónde estoy. Me he pasado tres paradas y me encuentro en el otro extremo de Gormsey. En condiciones normales me enfadaría un montón conmigo misma, pero en lugar de eso casi siento alivio, pues ahora mismo soy incapaz de ir a casa. No, después del modo en que me ha mirado mi madre.

Solo hay una persona con la que deseo hablar en este momento. Una persona en la que confío sin condiciones y que sabe perfectamente que yo nunca haría algo así.

Ember.

Me encamino hacia el instituto local. No debe de faltar mucho para que terminen las clases, pues vienen hacia mí un par de alumnos más jóvenes. Los chicos de un grupo intentan empujarse unos a otros hacia los arbustos que están al margen del estrecho camino. Cuando se percatan de mi presencia, se detienen un momento y pasan de largo con la cabeza baja, como si tuvieran miedo de que fuera a reprenderlos por su comportamiento.

Cuanto más cerca estoy de la escuela de Gormsey, más rara me siento. Yo misma acudía a ese instituto hace apenas dos años y medio. Si bien no echo de menos esa época, ahora que vuelvo a estar aquí es como un viaje al pasado. Solo que antes nadie se habría girado para mirarme porque llevo el uniforme de una escuela privada.

Subo los peldaños de la puerta de entrada. Las paredes del edificio, que se supone que una vez fueron blancas, están amarillentas; en las ventanas la pintura se ha desconchado. Es evidente que en los últimos años no se ha invertido nada de dinero en este edificio.

Me deslizo entre los alumnos que vienen de frente, procedentes del interior, e intento encontrar entre la multitud alguna cara conocida. No tardo mucho en toparme con una chica con dos trenzas que sale con otro chaval de su edad.

—¡Maisie! —la llamo.

Maisie se detiene y explora con la mirada a su alrededor. Cuando me ve, arquea las cejas sorprendida. Le dice a su amigo que espere un momento y se abre paso hacia mí.

—Ruby —me saluda—. Hola, ¿qué pasa?

—¿Sabes dónde está Ember? —pregunto. Mi voz no delata nada fuera de lo normal y me sorprende que eso sea posible porque estoy totalmente destrozada.

—Pensaba que estaba enferma —responde Maisie con el ceño fruncido—. Hoy no ha venido a clase.

—¿Qué?

Es imposible. Esta mañana, Ember y yo hemos salido juntas de casa. Si no ha venido a la escuela, ¿dónde diablos se ha metido?

—Me ha dicho que le dolía la garganta y que se quedaría en cama. —Maisie se encoge de hombros y se vuelve hacia

su amigo—. Es probable que esté en casa y os hayáis cruzado. Perdona, pero he quedado ahora. ¿Te importa si...?

Sacudo la cabeza enseguida.

—Claro que no. Muchas gracias.

Se despide con la mano, baja la escalera y se coge del brazo de su acompañante. Los sigo a los dos con la mirada mientras los pensamientos se me agolpan en la mente. Si Ember hubiese tenido dolor de garganta esta mañana, yo me habría enterado. No parecía enferma ni tampoco se comportaba de forma extraña. El desayuno ha transcurrido sin sobresaltos.

Saco el móvil del bolsillo. La pantalla muestra tres llamadas perdidas de James. Las borro, las mejillas me arden.

«Yo soy el que hizo las fotos.» Su voz resuena en mi cabeza, pero intento ignorar la opresión que siento en el pecho. Voy a favoritos y toco el nombre de Ember. Suena, así que no tiene desconectado el móvil. Sin embargo no atiende después del décimo tono. Cuelgo y escribo un nuevo mensaje.

Lláname, por favor. Tengo que
hablar urgentemente contigo.

Lo envío y me guardo de nuevo el móvil en el bolsillo de la chaqueta, descendiendo por la escalera y vuelvo la cabeza por última vez hacia la escuela. Me siento totalmente desubicada. No cabe la menor duda de que yo ya no pertenezco a este lugar. Pero lo mismo me ocurre ahora en Maxton Hall.

«Ya no pertenezco a ningún sitio», se me pasa por la cabeza.

Con este sombrío pensamiento abandono el recinto de la escuela. Sin reflexionarlo, doblo a la izquierda y recorro la calle principal en dirección a nuestro barrio, aunque nuestra casa sea el último lugar en el que me apetece estar. No seré capaz de soportar que mi madre me mire tan decepcionada como en el despacho de Lexington.

Lo que ha ocurrido se reproduce una y otra vez en mi mente. Una y otra vez oigo la voz del director, cómo con unas pocas palabras ha hecho añicos todo mi futuro, todo aquello por lo que he pasado años trabajando.

Mientras me deslizo junto a una hilera de cafeterías y tiendecitas, llegan a mis oídos retazos de conversaciones de los alumnos que van delante o detrás de mí hacia sus casas. Hablan de los deberes, se quejan de algún profesor o se ríen de algo que ha ocurrido en el primer descanso. En medio de mi aturdimiento, me doy cuenta de que ya no tengo a nadie con quien mantener conversaciones así. No me queda más remedio que seguir andando, con el sol burlándose de mí y el profundo convencimiento de que en mi vida ya no hay nada: ni escuela, ni familia ni novio.

Los ojos se me anegan de lágrimas e intento en vano contenerlas parpadeando. Necesito a mi hermana. Necesito a alguien que me diga que todo volverá a encauzarse por el buen camino, aunque ni yo misma consiga creérmelo.

Justo cuando voy a sacar el móvil de nuevo, un coche se detiene a mi lado. Con el rabillo del ojo distingo un chasis verde oscuro y destartelado, unas llantas oxidadas y ventanillas sucias. No conozco a nadie que conduzca un vehículo así, por lo que continúo caminando sin prestarle atención.

Pero el coche me sigue. Me doy la vuelta para observarlo con más detalle, cuando la luna de la ventanilla del conductor se baja.

Jamás me habría imaginado que vería el rostro que aparece. Me detengo sorprendida.

—¿Ruby? —pregunta Wren. Por lo visto mi exterior es un reflejo de lo horrible que me siento, pues él entrecierra los ojos y se asoma un poco más para poder verme mejor—. ¿Estás bien?

Aprieto los labios con fuerza. Wren Fitzgerald es la última persona con la que me apetece hablar. Y menos aún cuando reflexiono más a fondo sobre la razón de que me mire así. Seguro que en Maxton Hall todo el mundo sabe ya que me han expulsado. Me invade una desagradable oleada de calor y sigo caminando sin responderle.

La puerta del coche se cierra a mis espaldas y poco después oigo unos pasos que se precipitan hacia mí.

—¡Espera, Ruby!

Me detengo y cierro los ojos. Luego tomo una, dos, tres profundas bocanadas de aire. Intento disimular lo confundida que estoy y cómo me siento antes de volverme hacia Wren.

—Parece que fueras a desmayarte de un momento a otro —dice con el ceño fruncido—. ¿Necesitas ayuda?

Gruño por lo bajo.

—¿Ayuda? —farfullo—. ¿Tuya?

Wren aprieta los labios con fuerza. Mira un momento al suelo y vuelve a levantar la vista.

—Alistair me ha contado lo que ha sucedido. Es una mierda total.

Me enderezo y aparto la vista. Así que es tal como había pensado. Toda la escuela ya está chismorreando sobre lo ocurrido. Fantástico. Observo la fachada de un centro de *fitness* en la acera de enfrente. Hay gente haciendo ejercicio en las cintas de correr, otros levantando pesas. Tal vez debería esconderme allí. Seguro que en ese lugar no me encuentra nadie.

—Estupendo —murmuro.

Estoy a punto de volverle la espalda y seguir mi camino cuando algo me hace dudar. Tal vez el hecho de que Wren no haya llegado hasta aquí en una limusina, sino en un coche que parece que vaya a caerse a pedazos en cualquier momento. Quizá sea su mirada seria y en la que no hay vestigios de que vaya a burlarse de mí. A lo mejor el hecho de que estemos uno frente al otro aquí en Gormsey, en el último lugar en el que habría esperado encontrarme a alguien como Wren Fitzgerald.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se encoge de hombros.

—Da la casualidad de que estaba dando una vuelta por esta zona.

Arqueo una ceja.

—En Gormsey... Por casualidad...

—Escucha —dice Wren cambiando de tema—. Me niego a creer que James tenga algo que ver con esto.

—¿Te ha enviado para que me convenzas? —pregunto con voz temblorosa.

Wren niega con la cabeza.

—No. Pero conozco a James. Es mi mejor amigo. Nunca haría algo así.

—Son imágenes en las que parece que me lo esté mon-

tando con un profesor, Wren. Y James ha admitido que las hizo él.

—A lo mejor las hizo él. Pero eso no significa que se las enviara a Lexington.

Aprieto los labios.

—James no lo haría —insiste con vehemencia Wren.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunto.

—Porque sé lo que James siente por ti. Nunca haría nada que te pudiera perjudicar.

Lo dice con tal convencimiento que mis ideas y sentimientos se remueven de nuevo. ¿Cambiaría la situación si no fuera James quien ha mandado las fotos? Pero ¿por qué las hizo?

—Yo también quiero saber de qué va todo este asunto —dice Wren—. Ahora voy a su casa. Ven conmigo, Ruby. Allí tú misma podrás convencerte.

Me quedo mirando a Wren. Estoy a punto de preguntarle si se le ha ido la olla. Pero dudo.

Este día ya he tocado fondo. No puede ir a peor, así que no tengo nada más que perder.

Ignoro la alarma que resuena estridente en mi cabeza en este momento. Sin darle más vueltas, me acerco al charro de Wren y me subo en él.